



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 21 de mayo de 1997

María y la resurrección de Cristo

1. Después de que Jesús es colocado en el sepulcro, María «es la única que mantiene viva la llama de la fe, preparándose para acoger el anuncio gozoso y sorprendente de la Resurrección» (*Catequesis durante la audiencia general del 3 de abril de 1996*, n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 5 de abril de 1996, p. 3). La espera que vive la Madre del Señor el Sábado santo constituye uno de los momentos más altos de su fe: en la oscuridad que envuelve el universo, ella confía plenamente en el Dios de la vida y, recordando las palabras de su Hijo, espera la realización plena de las promesas divinas.

Los evangelios refieren varias apariciones del Resucitado, pero no hablan del encuentro de Jesús con su madre. Este silencio no debe llevarnos a concluir que, después de su resurrección, Cristo no se apareció a María; al contrario, nos invita a tratar de descubrir los motivos por los cuales los evangelistas no lo refieren.

Suponiendo que se trata de una «omisión», se podría atribuir al hecho de que todo lo que es necesario para nuestro conocimiento salvífico se encomendó a la palabra de «testigos escogidos por Dios» (*Hch* 10, 41), es decir, a los Apóstoles, los cuales «con gran poder» (*Hch* 4, 33) dieron testimonio de la resurrección del Señor Jesús. Antes que a ellos, el Resucitado se apareció a algunas mujeres fieles, por su función eclesial: «Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (*Mt* 28, 10).

Si los autores del Nuevo Testamento no hablan del encuentro de Jesús resucitado con su madre, tal vez se debe atribuir al hecho de que los que negaban la resurrección del Señor podrían haber

considerado ese testimonio demasiado interesado y, por consiguiente, no digno de fe.

2. Los evangelios, además, refieren sólo unas cuantas apariciones de Jesús resucitado, y ciertamente no pretenden hacer una crónica completa de todo lo que sucedió durante los cuarenta días después de la Pascua. San Pablo recuerda una aparición «a más de quinientos hermanos a la vez» (1 Co 15, 6). ¿Cómo justificar que un hecho conocido por muchos no sea referido por los evangelistas, a pesar de su carácter excepcional? Es signo evidente de que otras apariciones del Resucitado, aun siendo consideradas hechos reales y notorios, no quedaron recogidas.

¿Cómo podría la Virgen, presente en la primera comunidad de los discípulos (cf. Hch 1, 14), haber sido excluida del número de los que se encontraron con su divino Hijo resucitado de entre los muertos?

3. Más aún, es legítimo pensar que verosíblemente Jesús resucitado se apareció a su madre en primer lugar. La ausencia de María del grupo de las mujeres que al alba se dirigieron al sepulcro (cf. Mc 16, 1; Mt 28, 1), ¿no podría constituir un indicio del hecho de que ella ya se había encontrado con Jesús? Esta deducción quedaría confirmada también por el dato de que las primeras testigos de la resurrección, por voluntad de Jesús, fueron las mujeres, las cuales permanecieron fieles al pie de la cruz y, por tanto, más firmes en la fe.

En efecto, a una de ellas, María Magdalena, el Resucitado le encomienda el mensaje que debía transmitir a los Apóstoles (cf. Jn 20, 17-18). Tal vez, también este dato permite pensar que Jesús se apareció primero a su madre, pues ella fue la más fiel y en la prueba conservó íntegra su fe.

Por último, el carácter único y especial de la presencia de la Virgen en el Calvario y su perfecta unión con su Hijo en el sufrimiento de la cruz, parecen postular su participación particularísima en el misterio de la Resurrección.

Un autor del siglo V, Sedulio, sostiene que Cristo se manifestó en el esplendor de la vida resucitada ante todo a su madre. En efecto, ella, que en la Anunciación fue el camino de su ingreso en el mundo, estaba llamada a difundir la maravillosa noticia de la resurrección, para anunciar su gloriosa venida. Así inundada por la gloria del Resucitado, ella anticipa el «resplandor» de la Iglesia (cf. Sedulio, *Carmen pascale*, 5, 357-364: CSEL 10, 140 s).

4. Por ser imagen y modelo de la Iglesia, que espera al Resucitado y que en el grupo de los discípulos se encuentra con él durante las apariciones pascuales, parece razonable pensar que María mantuvo un contacto personal con su Hijo resucitado, para gozar también ella de la plenitud de la alegría pascual.

La Virgen santísima, presente en el Calvario durante el Viernes santo (cf. Jn 19, 25) y en el

cenáculo en Pentecostés (cf. *Hch* 1, 14), fue probablemente testigo privilegiada también de la resurrección de Cristo, completando así su participación en todos los momentos esenciales del misterio pascual. María, al acoger a Cristo resucitado, es también signo y anticipación de la humanidad, que espera lograr su plena realización mediante la resurrección de los muertos.

En el tiempo pascual la comunidad cristiana, dirigiéndose a la Madre del Señor, la invita a alegrarse: «Regina caeli, laetare. Alleluia». «¡Reina del cielo, alégrate. Aleluya!». Así recuerda el gozo de María por la resurrección de Jesús, prolongando en el tiempo el «¡Alégrate!» que le dirigió el ángel en la Anunciación, para que se convirtiera en «causa de alegría» para la humanidad entera.

Saludos

Con gozo saludo ahora a los peregrinos españoles y latinoamericanos presentes en esta plaza de San Pedro. En especial, a los fieles de las diócesis argentinas de La Rioja y de San Nicolás de los Arroyos, acompañados por sus obispos, mons. Fabriciano Sigampa y mons. Mario Maulión; así como a los jóvenes de la parroquia de Belén de Santafé de Bogotá. Al recordar hoy en esta catequesis la alegría de María por la resurrección de su Hijo, os encomiendo a su protección maternal y os bendigo a todos de corazón.

(A los enfermos y a los socios del voluntariado Petýrkov de Praga)

En Pentecostés, los Apóstoles recibieron el don del Espíritu de Dios, para poder dar testimonio de Cristo públicamente y con valor. El mismo Espíritu recibe todo cristiano en el sacramento de la confirmación, con el que culmina la obra iniciada en el bautismo (cf. *Hch* 2, 28; 8, 17). ¡Que el Espíritu Santo halle siempre en vuestros corazones una digna morada!

(A los peregrinos eslovenos)

En el aniversario de mi visita a vuestra patria, os deseo con el poeta: “Conservad la fe de vuestros padres, permaneced fieles al Santo Padre, a la Iglesia, a Cristo hasta el último día”.

(En italiano)

Dirijo, finalmente, un cordial saludo a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados* aquí presentes. Gracias por haber venido.

Queridísimos *jóvenes*, abrid vuestro corazón a la palabra de Dios, que os sugiere el camino por el que orientar vuestra vida: ésta adquirirá entonces todo su sentido y será verdaderamente digna de ser vivida.

Queridísimos *enfermos*, buscad al Señor en medio de los sufrimientos diarios. En este terreno áspero podéis adquirir una experiencia especial del Señor, que ha venido a llevar con nosotros el

peso de la cruz que salva.

Y vosotros, *recién casados*, no olvidéis la importancia de escuchar la palabra de Dios, contenida en la sagrada Escritura. En ella os habla el Amor infinito, del que deriva todo amor.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana